

...adquirido regularmente a costa de los trabajos que se priva para de la indolencia y de los medios más indispensables para vivir. Estos hijos de la indolencia llegan a formar más tarde un hogar donde abunda la merced y los buenos gustos; pero aquellos que nacieron en la pobreza y la orfandad, y que no tienen la visión que recibe mejor educación que los otros, éstos sí que se forman como personas. No asustarse, ¡médicos! el hijo del rico cuando llega al mundo con las facultades bien...

SR. PBRO.

DON JOSE DEL YERMO Y PARRES

Las privaciones y las vicisitudes de la vida, á que necesariamente están sujetos los desheredados de la fortuna, esos seres que vienen al mundo para formarse con los contratiempos y aprender en esa escuela dolorosa del infortunio, donde mejor se aprovechan las máximas sábias que hacen de todo hombre un hermano, pero en la que el espíritu está sujeto á innumerables pruebas, esas privaciones y esas vicisitudes, lo repetimos, son el crisol por donde pasa la criatura, hasta adquirir la filosofía y la experiencia, tan útiles para seguir una vida tranquila, relativamente.

Séres hay que, al abrir los ojos, hallan en el hogar todo género de comodidades, y pueden en la niñez y en la juventud gozar de todas las dichas y todos los encantos que proporciona un capital, las más ve-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ces adquirido ilegalmente á costa de víctimas á quien se priva, quizá, de la subsistencia y de los medios más indispensables para vivir. Esos hijos difícilmente llegan á formar más tarde un hogar donde impere la moralidad y los buenos principios; pero aquellos que nacieron en la pobreza y la orfandad, y que necesariamente tuvieron que recibir mejor educación que los otros, éstos sí que lo forman con más perfección.

No aseveramos infundadamente: el hijo del rico, cuando llega al uso completo de sus facultades, siente ya en su corazón el germen del orgullo, desprecia á los demás porque cree que el oro le da ese derecho, y más tarde comienza por sentir la ambición de acaudalar más y más, y á medida que esta ambición sube de punto, derrocha y malgasta lo que no ha adquirido por medio del trabajo.

Por eso los hombres que más se han distinguido por sus virtudes, han sido de cuna humilde y deben la posición social que ocupan á sus propios esfuerzos.

El sacerdote de quien vamos á tener la honra de ocuparnos, ilustre por mil títulos, como se verá en los apuntes biográficos que vamos á consignar, es de esos desheredados á quienes la fatalidad ha hecho sentir sus rigores desde la cuna.

El Orto y el Ocaso de la vida, esos dos puntos tan opuestos como inmediatos las más veces; la cuna y el sepulcro, como extremos de la cadena de la existencia; la luz y la sombra, la aurora y la noche, conmovieron el hogar del Sr. D. José del Yermo y Parres, el día en que éste venia al mundo. La primera son-

risa de un ángel llenaba el ámbito sagrado de aquel albergue del amor, de un gozo indescriptible; era aún el aliento de la gloria, la exhalación primera de un espíritu, lanzado en el destierro, y ¡oh amargo contraste! el último suspiro de un moribundo, el postre- ro adios de la existencia, recogía aquella sonrisa que, envuelta en el hálito helado de la muerte, subía hasta el trono del Creador Eterno.

El padre del Sr. del Yermo y Parres dejaba el mundo cuando un nuevo vástago de su familia venia á él.

La virtuosa Sra. D.^{ca} Josefa Parres, en quien el Cielo había encarnado todo lo bello y lo sublime de un alma privilegiada, cuidó esmeradamente de formar el tierno corazón de su hijo, á quien educó y sostuvo con la heroicidad y abnegación de una madre modelo.

Describir los inmensos sufrimientos que nuestro biografiado tuvo en su juventud, viendo las penalidades que afligian á su cara madre; pintar uno á uno los días de angustia que para aquella familia se sucedían con una lentitud horrible, y poner de manifiesto todas las amarguras que la escasez de recursos proporcionó á aquellos seres, es empresa á que se resiste nuestra pluma, no queriendo abrir heridas mal cerradas, ni traer á la mente del Sr. del Yermo y Parres, recuerdos tan dolorosos y tristes.

Así, luchando con los rudos embates del destino, llegó el hombre que nos ocupa á concluir la instrucción primaria, y no sin nuevos y más cruentos sacrificios, á terminar la carrera del sacerdocio, para cuya

penosa misión estaba llamado: era hijo del infortunio, y por lo tanto la Providencia le elegía para que fuese el ángel tutelar de los desgraciados.

Recibió las sagradas Ordenes, y desde entónces ha sido el mejor apóstol de la fe y caridad cristiana. Todos cuantos le tratan y recurren á él para asuntos de su ministerio, son justos apreciadores de la virtud evangélica que posee, y no hay un solo lugar de la Iglesia Católica, donde resuene su nombre, que no sea repetido con respeto.

El Sr. D. José del Yermo y Parres tiene un talento nada vulgar, y atesora una instrucción perfecta y vasta, lo que le ha valido un renombre y un puesto distinguido en el Clero de León.

Cuando el ángel de la paz dejó aquellas regiones, y la ciudad fué víctima de las inundaciones, el señor del Yermo y Parres recorrió los lugares más peligrosos, exponiendo su vida por salvar la de sus semejantes.

Durante aquellos dias aciagos para el pueblo leonense, cuando los hogares y las familias desaparecían sepultadas en las aguas, aquel insigne sacerdote no descansaba en proporcionar á sus hermanos todos los consuelos y todos los recursos que en tan críticos momentos demandaba la piedad cristiana.

Pasado el peligro y cuando ya la Divina Justicia levantaba el azote que cayera sobre aquella población, el ilustre sacerdote se dedicó á mejorar la situación de las víctimas supervivientes, impartiendoles todo género de auxilio material y espiritual.

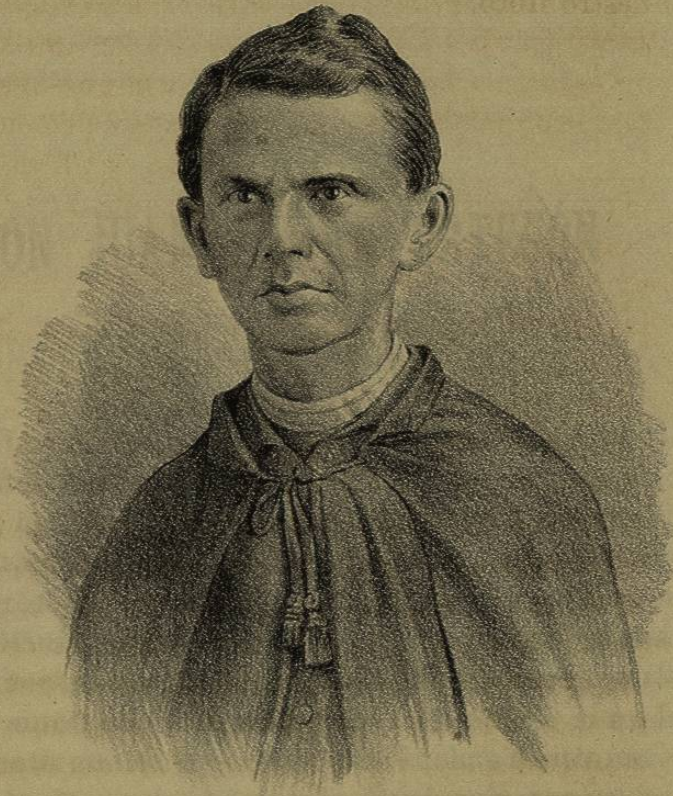
Cuidaba de que los fondos colectados en favor de aquellas familias desgraciadas, fueran distribuidos equitativamente, y él mismo, con sus propios recursos, contribuyó á socorrer á las víctimas.

Fundó una colonia en el barrio del Calvario, y allí hallaron albergue muchas familias infortunadas, que elevaron sus plegarias al Señor, bendiciendo el nombre de tan digno eclesiástico.

Estos son los hechos más culminantes de la vida del Sr. Pbro. D. José del Yermo y Parres, cuyo nombre guarda ya la historia de la Iglesia mexicana en sus páginas inmortales; éste es el hombre que, sin elementos, logró elevarse á la categoría que hoy disfruta. ¿No será digno de figurar en nuestra humilde obra?—Indudablemente que sí. Un hombre que se hace notable en el Clero mexicano por sus virtudes, por su talento, y más que todo por su caridad, bien merece que se le consagre una página en toda obra, sea ó no meritoria, que ha de pasar á la posteridad.

Por eso al encontrarnos con los datos de la vida de este Presbítero, aunque no tan extensos como hubiéramos deseado; al ver esa figura que sobresalía, digámoslo así, entre la muchedumbre de los habitantes de León, en los momentos angustiosos de la lucha por la propia conservación; cuando contemplamos con la mirada del recuerdo á aquel sacerdote llevando por todas partes el auxilio y el consuelo, siempre en los riesgos más inminentes y al lado del peligro, no pudimos menos (fieles á nuestra empresa) que recoger aquellos pormenores y desarrollarlos en un capítulo de nuestra obra.

Si no hemos cumplido satisfactoriamente en dar á conocer á un sacerdote tan digno como ilustre, cábenos al ménos el orgullo de tener su nombre en nuestro libro.



SR. PRESB. D. JUAN JULIAN ORTEGA,
CURA DE TICUL. (YUCATAN.)



SR. PBRO.

DON JUAN JULIAN ORTEGÓN

CURA DE TICUL, YUCATAN

EL Hacedor Supremo de todo lo creado, el que rige los destinos y tiene á su arbitrio lo presente y lo futuro, ha sabido velar por la Iglesia yucateca desde que el sagrado signo de la redención fulguraba esplendoroso en aquella parte del territorio mexicano.

Los Ministros de la Religión Católica han prestado eminentes servicios al Estado, no sólo en la parte moral, sino aun en la material. Recuérdese si nó la sangrienta guerra de castas, esas luchas continuas y encarnizadas que asolaron la Península por un período de cuatro años largos, y se verá al augusto sacerdote dejar su hogar, confundirse con las masas de indios insurrectos y entre las filas de los blancos, difundiendo por todas partes la más santa de todas las virtudes: la caridad.

Entre las muchas víctimas que sucumbieron en medio del fragor de aquellos combates, ó ya á manos

de los rebeldes indios que nada respetaban, habia muchas figuras venerables que afrontaban gustosos el sacrificio de la vida, por salvar la de sus hermanos. Esos fueron los apóstoles de la Fe y de la Religión, otros tantos mártires que murieron procurando siempre conciliar los ánimos de ambos partidos beligerantes, cumpliendo con su misión de paz sobre la tierra.

El Estado de Yucatán tiene, para honra suya, los nombres de centenares de eclesiásticos que regaron con su sangre aquel suelo bendito, teatro de episodios horrendos, que aún registra la historia contemporánea.

De esa raza de virtuosos varones depende nuestro ilustre biografiado. De aquí que siempre se le vea acudir en favor del desgraciado, auxiliando al menesteroso y prodigando por todas partes el consuelo y la caridad.

Entremos á bosquejar ligeramente la vida del Sr. Cura D. Julian Ortegón, y se verá cómo descuella esa figura entre las notabilidades del Clero yucateco.

El Sr. Pbro. Ortegón nació en el Pueblo de Santa Elena, auxiliar de la parroquia de Ticul, el 16 de Marzo de 1828. Pasó su infancia, y recibió su educación primaria en la Cabecera del Partido ya mencionado, pasando á la ciudad de Mérida el año de 1870, ingresando al Seminario Conciliar de San Ildefonso, donde cursó latinidad y demás estudios preparatorios, siendo Rector de ese plantel el eminente y caballeroso Dr. D. Manuel José Delgado, de grata y feliz recordación; cursó Filosofía el Sr. Ortegón, bajo la dirección del colegial de vea D. Juan de Dios Valdés, el año de 1848.

Estalló la fatal guerra de castas, y el jóven Ortegón abandonó los libros, como todos sus compañeros, y se presentó donde el deber le llamaba; prestó muy importantes servicios, haciéndose querer de sus jefes por su buen comportamiento, sus finos modales y su valor reposado y decidido.

Cuando aquellas luchas aciagas cesaron, aunque no por completo, pues todavía á la presente el odio de los indios ignea, como lava de un volcan extinguido, el jóven Ortegón volvió á sus estudios. Habia cumplido como buen hijo de Yucatán, las balas enemigas le habian respetado, sin duda porque el Altísimo le reservaba nuevos destinos y podia entregarse tranquilo á formarse en esa escuela de donde han salido y saldrán los sostenedores y propagadores de la Religión Católica.

Cursó Teología Dogmática, bajo la sábia y acertada dirección del Sr. Pbro. Dr. Leandro Rodriguez de la Gala, y aquel talento privilegiado, aquella instrucción sólida que poseía tan renombrado eclesiástico, pasó á fructificar todos aquellos conocimientos que el Sr. Ortegón habia adquirido ya.

Siguiendo la vocación decidida que tenia para el sacerdocio, recibió sucesivamente las Ordenes menores y fué Presbítero el 22 de Septiembre de 1851.

El Sr. Obispo Guerra le destinó como Teniente Cura de Ticul, para que ayudara al Sr. Cura principal, Pbro. D. Enrique Briseño, y muerto éste siguió sirviendo en la misma categoría al Sr. Cura D. Florencio García, hasta que por la muerte de este Presbítero se le concedió al Sr. Ortegón el Curato en propiedad.

Más de treinta años lleva de ser párroco de Ticul nuestro biografiado, y ha realizado mejoras materiales y espirituales que le hacen acreedor al aprecio y respeto general; ha hecho levantar cuatro iglesias en los puntos más lejanos de la parroquia, y fundado, entre otras devociones, la del Santísimo Sacramento, con exposición de su Majestad, el primer domingo de cada mes; la Sociedad del Apostolado de la Oración y la Conferencia de San Vicente de Paul, que lleva á multitud de familias pobres el alimento diario.

Por todo esto y siendo el Sr. Cura Ortegón de un corazón bellissimo, todos le quieren, le respetan y le admiran, y hallan en él un sostén en la adversidad, un apóstol de la doctrina del Crucificado y un protector decidido por todo lo bueno y todo lo santo.

Por eso al principio de nuestros ligeros apuntes decíamos, y con justicia, que el Sr. Pbro. Ortegón figura ya en el catálogo de aquellos ilustres descendientes del Clero yucateco, que ha sabido con sus virtudes y su talento inscribir su nombre en las páginas inmortales de la historia eclesiástica, no ya del Estado, sino de la República entera.

Los datos de la vida del Sr. Ortegón son de aquellos que bien pueden figurar extensamente en otra obra; pero hemos querido honrar nuestra humilde publicación con nombre tan respetable y nos hemos apresurado á darle á conocer, siquiera sea como un pobre homenaje de admiración por los hechos más culminantes que caracterizan la vida pública, puede decirse, de tan distinguido sacerdote, honra de su familia y del Clero yucateco.



SR. PRESB. D. JULIAN DIEZ DE BONILLA,
CURA DE SAN PABLO. (D. F.)